

Ópera en Albacete: pasado, presente y...

▲ El tenor albacetense José López Ferrero durante el recital de lieder que ofreció el pasado 15 de marzo en el Centro Cultural La Asunción

La música nace en el límite mismo del fracaso de la palabra.
G.B. Pergolesi

Mientras comienzo a escribir estas líneas que me ha encargado gentilmente Cultural Albacete sobre la actividad lírica en nuestra ciudad en los últimos años, dudo si el encargo se ha realizado a la persona más idónea por haber vivido tan de cerca el objeto de estudio de este trabajo por lo que seguramente se resentirá de una menor objetividad de la deseable al tratarse de una crónica cultural de nuestra ciudad. Me alienta, no obstante, a efectuar este ejercicio, la posibilidad de reflexionar, en esta publicación, sobre aspecto tan reciente y significativo de nuestra vida cultural como es el desarrollo y evolución de la ópera en Albacete desde una postura más vehemente que erudita, como seguramente yo mismo sea.

La ópera es diversa como la vida misma, su imagen refleja. La sensualidad o la sobriedad de sus melodías, su transparencia o densidad, el aspecto

sonoro embriagador o circunspecto de que se reviste, todo esto revela una imagen de la época y la situación espiritual, cultural y anímica para la que fue creada. Sus personajes, sus conflictos dramáticos y sus escenarios nos ofrecen un testimonio elocuente del modo de vida y de las ideas artísticas de la época en que surgió, un testimonio más claro tal vez que el de cualquier otra manifestación cultural. En efecto, ningún otro género artístico ha despertado tan profundamente el interés, incluso la pasión de los hombres, como la ópera.

Ópera es en primer lugar fusión entre poesía y música. Una unión que muy raramente se logra de manera completa —todo hay que decirlo— pero que no estuvo exenta de polémicas, incluso de la misma época, entre autores tan distantes como Mozart y Gluck, dos verdaderos artífices del género. El primero opinaba que el texto debe ser en todo momento obediente servidor de la música; el segundo ofrecía una metáfora aclaradora: al igual que el pintor colorea un dibujo previamente trazado, el compositor hace lo mismo con un texto. El ideal wagneriano añade la

“obra total” y considera de importancia vital la colaboración no sólo del arte teatral, sino también la danza. Por lo tanto la ópera es una síntesis.

Una ópera es una obra de arte, por ello se explica que después de los cuatrocientos años de vida de la ópera tenga tan buena salud y cada vez sea más amplio el repertorio de obras importantes rescatadas de entre miles de títulos que quedaron atrás como también numerosos han sido los cuadros o poemas que la historia de la cultura ha desechado, justa o injustamente. Toda obra de arte no debe ser el privilegio de unos pocos porque es universal y ha sido creada para todas las personas. Es cierto que el canto operístico no es natural, nada lo es en el arte, que por definición es artificio. Un cantante *heavy* que se vale de un micrófono es tan poco natural como un cantante de ópera que canta a pelo. Pero la magia del arte consiste en que, por medio de una serie de artificios nos habla de nuestras realidades más profundas. En este sentido todo arte es auténtico y lo sentimos como una segunda naturaleza.

El antiguo prejuicio de las van-